

fué presa de las llamas atizadas por los soldados de Tétrico. Volvió á florecer en tiempo de la tetrarquía, y Constancio Cloro le dió una prueba de lo mucho en que la tenía enviando para dirigirla al retórico Eumeno.

Era Eumeno un gran señor de la Galia y el hijo más preclaro de Autún. No era un galo puro, pues corría sangre griega por sus venas. Descendía de Atenas su familia. Su abuelo fué á Roma para enseñar retórica. Después aceptó una cátedra en las escuelas Menianas, atraído por la nombradía de la Universidad de Autún y por las ventajas que aseguraba á los profesores. A los ochenta años aún enseñaba. Su nieto heredó su talento y siguió al principio igual carrera. Nació en Autún, enseñó con gran éxito. Este fué el que le decidió á cambiar de rumbo. Convencido de su talento, Constancio Cloro le nombró su «maestro de memoria» (*magister memoriae*). Así se denominaba una especie de secretario de Estado que redactaba los documentos que emanaban de la cancillería imperial. No había en la jerarquía administrativa muchas funciones más altas. Volver desde tal puesto al de profesor era bajar de categoría. Pero el emperador no quiso que pudiera creerse que le repudiaba. No contento con dar un gran sueldo á Eumeno, se lo dobló, y para fijar mejor sus intenciones le escribió esta carta, invitándole á que la leyera en público al tomar posesión de su cargo:

«Nuestros galos cuyos hijos reciben instrucción en Autún, y estos mismos jóvenes que tan alegremente nos escoltaron, merecen que se cuide de cultivar sus naturales dotes. ¿Qué mejor que ofrecerles la cultura del espíritu, fortuna que nada ni nadie les puede arrebatar? Por ello hemos resuelto nombraros para esta escuela, que la muerte ha privado de su jefe, á vos, cuya elocuencia y alta probidad en los negocios conocemos. Desearnos, pues, que sin perder nada de las ventajas de vuestro rango ocupéis de nuevo la cátedra de retórica de dicha ciudad, á la que queremos, como sabéis, devolver su antiguo esplendor. Así formaréis la inteligencia de los jóvenes y les inspiraréis el anhelo de alcanzar una existencia superior. Una profesión honrosa enaltece la reputación de un hombre, no la empaña ni amengua. Queremos que recibáis una suma de 600.000 sextercios (150.000 francos) de la caja de la ciudad, para que comprendáis que nuestra clemencia os trata según vuestros méritos. Adiós, muy querido Eumeno (1).»

Eumeno fué bastante generoso para consagrar á la restauración de los edificios la totalidad de sus crecidos honorarios. Pero tantos esfuerzos sólo resultaron á medias. Ni la escuela ni la ciudad debían volver á ver los días esplendorosos de otras épocas.

No es que las escuelas gálicas estuviesen en decadencia. Nunca estuvieron tan vivas como en este siglo IV, que fué para la Galia como una especie de resurrección. Nunca como entonces las favoreció el gobierno, y en cuanto á los municipios, si hubo por su parte alguna negligencia, como lo patentiza el edicto de Graciano, no aparece en ninguna ciudad de nuestro país. Lo que ocurría era que la corriente se había desviado en distinta dirección.

Como la actividad política, se trasladó más al Norte. En tiempo de Marco Aurelio (161-180) nos habla ya

(1) *Eumenii oratio pro restaurandis scholis*, 14.

Frontón de Reims como de una nueva Atenas. Pero Tréveris fué, sobre todas, la que anhelaba convertirse en un centro de cultura intelectual. Los emperadores instalados en esta nueva capital la quisieron grande y renombrada. Procuraron llevar á ella á los profesores más ilustres, dándoles un sueldo más crecido que á sus colegas. Tréveris no fué nunca, sin embargo, sino un centro intelectual muy secundario. En aquella frontera la vida era demasiado agitada, la barbarie demasiado amenazadora, y estaba harto cercana para que se pudieran las gentes entregar con tranquilidad al estudio. Este halló un ambiente más favorable, un asilo más seguro en el extremo opuesto de la Galia.

Estaba en magnífica situación Aquitania. Sufrió como los demás países las calamidades del siglo precedente; pero ahora gozaba de una paz profunda. Por la fertilidad de su suelo, por la riqueza inviolada de sus campiñas, parecía destinada á ser el último refugio de las buenas letras. Los talentos de sus habitantes contribuyeron á ello. La reputación de sus retóricos era universal. Envió á Oriente y colocó á algunos, como preceptores, en el palacio imperial. San Jerónimo habla de ellos en su crónica, y Symmaco, el más ilustre de los oradores latinos de aquel siglo, nos dice en pomposos elogios cuánto debe á sus lecciones (2).

Tolosa, Angulema, Poitiers, Auch, Narbona, que en tal sentido se consideraban como aquitanas, tuvieron famosas escuelas; pero todas quedaron eclipsadas por la de Burdeos, la más brillante y la mejor conocida á la vez, gracias á Ausonio, que fué uno de sus discípulos y después uno de sus profesores más distinguidos. Llegado al término de su carrera, recordó con amor y gratitud á los que fueron sus maestros y colegas y les consagró una serie de noticias, de retratos en verso, que mejor que toda otra descripción nos hace conocer lo que eran una universidad, un *auditorio*, en aquella época y en aquella parte del mundo romano.

Lo que extraña es el puesto que los profesores ocupaban en la sociedad. La mayoría eran ricos, con riqueza que generalmente no era hereditaria, sino adquirida en el ejercicio de su profesión, no tanto por su sueldo fijo, que podía sobrepasar el mínimo garantido (3), como por las rentas que le completaban, por las liberalidades de las familias y por los derechos de inscripción de los alumnos, que aumentaban en razón directa de la fama del profesor. No se olvide que estaban exentos de todos los impuestos que tan duramente gravaban las fortunas particulares. A la fortuna se unía la consideración. Algunos hacia los cuales se llamaba la atención del emperador, ascendían á los más altos cargos del Estado. Miembros de la curia, decuriones y magistrados eran los primeros en la administración imperial. Nepotiano de Burdeos, Exuperio de Tolosa, fueron gobernadores de provincia. Ausonio, preceptor en 369 del hijo de Valentiniano, Graciano, recibió el título de conde. En 376 fué nombrado prefecto del pretorio en Africa é Italia. En 378 ocupó igual puesto en

(2) *Epist.*, IX, 88.

(3) Veinticuatro annones para los retóricos y doce para los gramáticos (exceptuando Tréveris), según el edicto de Graciano. El annón se calcula en cinco sueldos de oro = 75 francos de nuestra moneda, lo que da 1800 francos para los primeros. Era poco si no hubiesen tenido más rentas.

la Galia. En 379 llegó al consulado, que no era sino un cargo honorífico, pero el más envidiado. Hemos visto la carrera de Eumeno y la fortuna extraordinaria de Eugenio, del que Arbogaste hizo un emperador (1).

Los estudiantes eran numerosos. Tenían sus corporaciones, sus banderas, sus reuniones regocijadas y bulliciosas. Aun cuando Alejandro Severo imaginó las becas, la mayoría pertenecían á la burguesía y á la nobleza. Las clases superiores, no queriendo entrar en el comercio ni en el ejército, que cada vez más se convertía en propiedad de los bárbaros, se lanzaban con ardor á la carrera administrativa, única abierta á su ambición y de la que los gobiernos multiplicaban las plazas. Los estudios liberales eran los que abrían sus puertas. Una gran cultura intelectual no era sólo un adorno para la gente bien nacida, sino que era el mejor de los títulos para hacer carrera. Un abogado de hacienda, un secretario de cancillería, un prefecto del pretorio debían ser ante todo unos literatos. Si los emperadores se preocupaban tanto de la prosperidad de las escuelas, si fiscalizaban tan rigurosamente la conducta y aplicación de los estudiantes, no era en balde; era porque aquella juventud debía ser el vivero de sus empleados. Ninguna sociedad ha amado ni protegido tanto á los literatos. Lo que puede reprochársele es haber llevado hasta la superstición tal culto.

Veamos ahora el vicio de esta educación tan brillante y admirada. Merece nuestra atención por más de un concepto. Traduce á su manera y explica en cierto modo la debilidad de aquel mundo en su ocaso, y por otra parte, por qué no muere por entero con él, sino que le sobrevive por ciertos caracteres en las escuelas de la Edad media y se perpetúa hasta las actuales.

Escuelas como las de Burdeos y Autún no eran universidades como las de hoy día. Comprendían la enseñanza secundaria y la superior, la gramática y la retórica. Aún subsiste tal división en nuestros colegios. La gramática no significaba la acepción estricta de la palabra. Comprendía dos partes, según Quintiliano: el arte de hablar correctamente y la explicación de los autores. Estos eran latinos y griegos, y casi siempre se empezaba por los últimos. Homero y Menandro eran los preferidos. Los niños latinos no gustaban á veces de ellos. Ausonio se acusa de haberles puesto mala cara en su infancia. Pero el griego tenía puesto de honor. Representaba lo más delicado y elevado de esta gloriosa civilización, amenazada y acometida por el Cristianismo. Los únicos profesores extranjeros de la Galia eran griegos. El abuelo de Eumeno lo era. Los autores latinos más en boga eran, en primer lugar, Virgilio, el más popular de los poetas, casi un dios, como lo fué algunos siglos más tarde; á lo lejos le seguían Horacio y Terencio. Los prosistas eran menos estimados y se dejaba sentir la falta de su influencia. Pero el mal más grave era la falta de nociones positivas, metódicamente presentadas. Sin duda que la explicación de los autores no era puramente verbal. Entrañaba un comentario variado, geográfico, histórico, hasta científico. Pero tales conocimientos no intervenían sino á propósito de los textos. No formaban un conjunto ordenado, no incitaban á investigar. La erudición consistía

(1) Libro IV, capítulo IV.

en aprenderse las obras de Varrón. Es la exégesis estéril, la devoción al libro y á la letra, que continuará pesando sobre el mundo en la edad de la escolástica.

Iguals lagunas se observan en los estudios superiores. Pasma la exigüidad de los programas. Nada de ciencias: las ahogaban los progresos del misticismo, y por otra parte los romanos no las estimaron nunca más que por sus aplicaciones prácticas. Nada de filosofía: fué siempre rechazada como inútil palabrería y dejada para la escuela de Atenas. El mismo derecho, la creación y el legado más duraderos de Roma, no tenía profesores sino en las dos capitales y en la escuela de Beryte (Beyrouth). Quedaba la retórica: el texto que comentar y el tema que desarrollar: todo terminaba ahí. La elocuencia, después de haber sido el arte viril de la antigüedad, era como una diversión frívola y vana. Había representado tan gran papel que parecía que no se la pudiera arrinconar. Pero se reducía á ejercicios sin consistencia en que se ocultaba bajo la elegancia de la frase la vacuidad de ideas. Esta disciplina, á que no hemos renunciado por completo, podía tener su utilidad. Afinaba y daba ductilidad á la inteligencia. Pero practicada como un fin y no como un medio, aislada de todo estudio serio, era estéril y peligrosa. Acostumbraba á los jóvenes á fijarse antes en las palabras que en las cosas, á cuidar menos del fondo que de la forma; empobrecía y amodorraba las inteligencias, y cuando se advierten sus efectos en las obras más admiradas de aquel tiempo, en los discursos de Himerio, en los panegíricos de Eumeno, en casi todas las poesías de Ausonio, cuando se ve hasta qué punto todo esto está desprovisto de meollo y de pensamiento, no será atrevido achacar á tal enseñanza gran parte de culpa en la decadencia general y en la ruina del Imperio.

II.—La literatura (2)

Precisa retroceder á días más prósperos para tomar en su punto de partida la historia de la literatura en la Galia. La latina se hallaba en su apogeo cuando nuestros padres le suministraron su contingente. Se anticipó á todas las regiones la Narbonense, que desde un principio intervino en la vida intelectual de Roma, lo

(2) FUENTES.—No mencionamos más que los autores que no pertenecen á la literatura cristiana. *XII Panegyrici latini*, edición Baehrens, 1874. Ausonio, edición Schenkl, 1883. Rutilio Namaciano, edición Zumpt, 1840, y Baehrens, *Poetae latini minores*, tomo V, 1883.

OBRAS DE CONSULTA.—Teuffel, *Geschichte der römischen Literatur*, 5.ª edición, 1890 (traducción francesa de Bonnart y Pierson, 1879). *Histoire littéraire de la France par des religieux bénédictins de la Congregation de Saint-Maur*, I y II, 1733-1735. Ampère, *Histoire littéraire de la France avant le XII siècle*, I y II, 1839. Amedée Thierry, *Tableau de l'Empire romain*, 1868, págs. 203 y sigs. *La littérature profane en Gaule au IV siècle*, «Revue des Deux Mondes», 1873. Ebert, *Histoire generale de la littérature du Moyen Age en Occident*, traducción del alemán por Aymeric y Condamin, I, 1883. Brandt, *Eumenius von Augustodunum*, 1882. Seeck, *Studien sur Geschichte Diocletians und Constantins. Die Reden des Eumenius. Jahrbücher für classische Philologie*, 1880. Boissier, *Les rheteurs gaulois au IV siècle*, «Journal des Savants», 1884. *La fin du paganisme*, II, 2.ª edición, 1894, páginas 49 y siguientes. Jullian, *Ausone et son temps*, «Revue historique», 1891 y 1892. Puech, *De Paulini Nolani Ausoniique epistolarum commercio*, París, 1887.

propio que en la política, con maravillosa actividad. No sólo ofreció á los más famosos autores de la capital un público capaz de comprenderles, y lectores para Marcial, corresponsales para Plinio, sino que desde luego produjo imitadores y rivales. Entre éstos, ¿cuántos eran de pura raza gala?, ¿cuántos descendían de los colonos romanos? Imposible fijar su número. Trogo Pompeyo es un galo sin entronque. En cuanto á los demás, faltan datos concretos. Con todo, se nota que Domicio Afer y Valerio Cato llevan igual nombre que Domicio Anobarbo y Valerio Flaco, procónsules de la Transalpina en 121 y 83 antes de J. C. Es sabido que los provinciales honrados con el derecho de ciudad tomaban el nombre del procónsul que se lo concediera. Cabe, pues, suponer que ambos eran de origen galo.

Sin duda los escritores galos carecieron de la potente originalidad que distingue á los de España y Africa. No ejercieron en la literatura latina el mismo influjo. Por otra parte, sus obras de los dos primeros siglos se han perdido por completo. Sólo las conocemos indirectamente y de un modo deficiente. Son muy variadas. Apenas la Galia penetró en el camino de la literatura, dió prueba de aptitudes diversas. Cuenta con un historiador, del que volveremos á hablar y que era tenido en mucha estima. Produjo dos poetas de verdadero mérito. Terencio Varrón, llamado *Atacinus* porque nació en las márgenes del Aude, vivió en el siglo de Augusto. Tradujo las *Argonauticas* de Apolonio, se dedicó á la sátira y brilló en la elegía. Se atrevió con la epopeya en un poema sobre la guerra de los secuanos, compuesto en honor de César. Su contemporáneo Cornelio Galo, de Fréjus, debe la mayor parte de su gloria á la amistad de Virgilio y á los hermosos versos de la décima égloga. También fué ante todo un elegíaco. Alcanzó otra celebridad por haber sido nombrado prefecto de Egipto y haber caído poco después en desgracia. En la misma época floreció Valerio Cato, gramático y poeta, de quien se conservan algunos elegantes versos.

No obstante, ni entonces ni más tarde fué la poesía el género predilecto. En el *Diálogo de los Oradores* un galo sostiene con extrema vivacidad la superioridad de la elocuencia sobre la poesía. Con razón le adjudicó Tácito este papel. En la Galia la elocuencia fué el género nacional. Todos los escritores latinos desde Catón el Antiguo hasta Juvenal, Claudiano y San Jerónimo, están de acuerdo para señalar esta tendencia, y merecen citarse el hecho de que la oratoria fué siempre el género culminante de nuestra literatura. Dos galos, L. Plotio y M. Antonio Gnifo, fundaron en Roma, á principios del siglo I antes de nuestra era, las primeras escuelas de retórica latina. Galo era también aquel Roscio, cómico insigne, admirado por Cicerón y que fué, á su modo, un maestro en el arte de bien decir.

Vibio Galo y Julio Floro figuran bajo Augusto entre las glorias del foro romano. Nacieron en Galia, no se sabe en qué punto, sin que estemos mejor informados acerca del género de su talento. Su contemporáneo Votieno Montano aparece con fisonomía más determinada. Nació en Narbona y se le atribuye el don de la improvisación brillante y extensa.

Domicio Afer, de Nimes, y Julio Africano, de Saintes, pertenecen á la generación siguiente. Por desgracia figuran entre los delatores, y Africano se deshonró al trans-

mitir á Nerón las felicitaciones de la Galia después de la muerte de Agripina. Se ha querido adivinar una intención irónica en el cumplido que dirigió al paricida: «Tus Galias, ¡oh César!, te conjuran á tener el valor de soportar tu felicidad.» Mas es difícil formarnos idea de su elocuencia. Dícese que poseía fuerza y calor, y no obstante, se le reprocha el que hablase con estudiada prolijidad y afectación. Domicio Afer fué un personaje más distinguido, pretor bajo Tiberio, cónsul bajo Calígula, curador de las aguas bajo Claudio y, á juicio de Quintiliano, uno de los más grandes oradores de su época. Satisfizo á tan severo juez por su respeto á las tradiciones clásicas, por la pureza de su gusto, que contrastaba con el énfasis y la sutileza de los españoles, á la sazón en moda. Se han encomiado su delicadeza y sus frases felices y llenas de malicia.

Se nota en los dichos de otro galo, el abogado Marco Aper, detractor de la poesía en el *Diálogo de los Oradores*, una gracia espontánea. Representa el espíritu positivista, el buen sentido práctico. Pero se exalta al hablar de su arte, al que califica entre los más bellos y útiles. Por otra parte, y contra lo que Afer pretende, no profesa el respeto á los modelos consagrados. Se mofa de los grandes nombres. Con acurada ironía combate el período ciceroniano y se muestra partidario de la frase corta, vibrante y resplandeciente, al modo de Séneca. Al lado de Aper aparece su compatriota y rival Julio Secundo, sobrino, por su padre, de Julio Floro y temperamento más armonioso, más completo, mejor dotado. Por consiguiente, dos de los cuatro interlocutores del repetido diálogo son galos.

La cuenca meridional del Ródano, como la Campania italiana, se hallaba impregnada de helenismo. Así se explica con verosimilitud el punto de vista en que se colocó el historiador Trogo Pompeyo. Por el compendio de Justino no es fácil evaluar los méritos de la obra de Pompeyo. Todo cuanto puede decirse es que Plinio el antiguo la elogia mucho. Por lo menos podemos comprender el plan y el conjunto. ¡Cosa rara! Este voconcio observa y razona como un griego. Asistió á la fundación del Imperio. Su padre figuraba como secretario en el séquito de César. Su abuelo sirvió á las órdenes de Pompeyo, de quien tomó el nombre. Sin embargo, Roma, á sus ojos, no era más que una dependencia de Grecia. Para él la conquista de Alejandro y no la romana es el punto de partida y el eje de la historia universal.

La misma influencia formó un siglo después al polígrafo Favorino, nacido en Arlés y tan griego como podía serlo un sofista de Atenas ó de Alejandría. Pasó largos años en el mundo helénico, y ni una sola de sus numerosas obras está escrita en latín. Valido de Adriano, íntimo de Herodes Atico y de Plutarco, discípulo de Dión de Prusa y maestro de Aulo Gelio, interesa, más que por su persona, en calidad de representante de la erudición de su tiempo, mezquina y estéril, como superficial y sin alcances.

Durante largo tiempo brilló en el exterior la literatura gala. Roma llamaba á su seno á todos los ingenios de allende los Alpes. Nuestros oradores más elocuentes brillaron en el foro romano. No ocurrió lo mismo en el siglo IV. Se inició entonces un renacimiento político y literario, del que fueron principal teatro nuestras provin-

cias. Se acrecentó nuestra actividad merced al cometido importantísimo que desempeñó nuestro país en la defensa del Imperio y en sus revoluciones interiores, á la presencia de los emperadores y su corte y á la fundación de las universidades. En el silencio casi completo de Italia, España y Africa, se oyó la voz de la Galia, que hasta el último instante permaneció en lo posible fiel al culto de la grandeza romana y de la Musa latina. Fué el siglo de oro de su literatura, aunque la expresión parezca hartó exagerada para ser aplicada á obras en las que se manifiesta la decadencia de una sociedad exhausta y herida de muerte.

De este acrecentamiento de vitalidad resultó también favorecida la elocuencia. Lo demuestra así la curiosa colección conocida con el nombre de *Panegíricos latinos*. Contiene ocho discursos, pronunciados todos ellos en Galia, y que, con excepción de uno, dirigido al emperador que residía en Tréveris, se refieren á un hecho importante ó á cierta fecha notable del reinado, el aniversario del nacimiento de Maximino, la sumisión de la Bretaña por Constancio Cloro, las bodas de Constantino y de Fausta, la derrota de Majencio en el puente Milvio, etc. Por más que estos discursos sean anónimos, conocemos al autor de uno de ellos. Se trata de la oración compuesta en 297 ante el gobernador de la primera Lyonense y en el foro de Autún por el retórico Eumeno, á quien se había confiado la dirección de la escuela á fin de devolverle su antiguo esplendor (1).

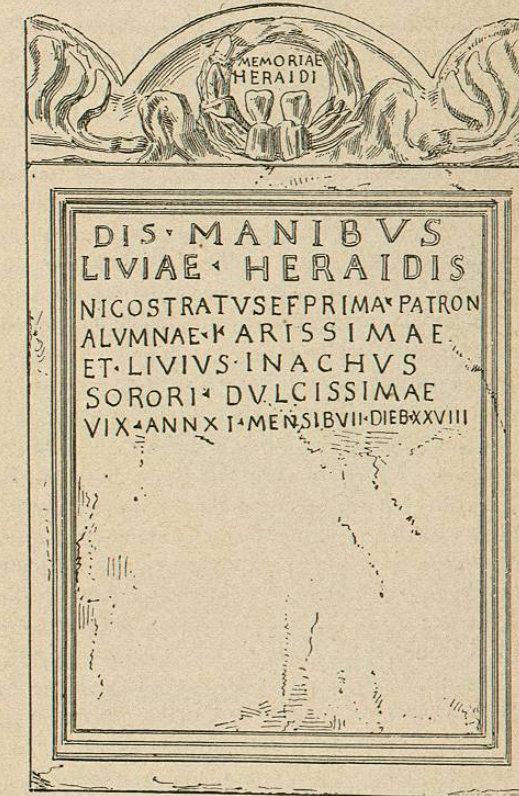
¿Los demás discursos se deben también á Eumeno? Se ha tratado esta cuestión repetidas veces sin poder resolverla. Lo cierto es que han sido redactados por conciudadanos de aquel retórico, colegas suyos en su mayoría. Según toda probabilidad, la colección se formó en Autún como testimonio de progreso de la escuela autunesa y de su enseñanza. Parece, pues, muy adecuada para darnos idea del arte oratoria tal como se comprendía en aquella época.

No se aviene con el gusto moderno aquella elocuencia de relumbrón, oficial y palaciega, cuyo modelo había sido suministrado por el Panegírico de Plinio, trozo escogido que figuraba á la cabeza de la colección y cuyos rasgos aparecen, en estas torpes imitaciones, exagerados hasta la caricatura. Los elogios en que la hipébole se mezcla con la necedad, el refinamiento de la forma y el fondo miserable no pueden agradar á nadie. Y, no obstante, debemos confesar que en estas fórmulas enfáticas no todo es mentira, ni en la vaciedad del fondo dejan de campear algunas ideas. De semejantes temas se desprende á veces un sentimiento sincero ó una idea verdadera que comunican cierto interés á esta mala retórica y nos predisponen á cierta indulgencia. Se revela en ellos una emoción patriótica que es comunicativa. Después de todo, parece algo legítima la gratitud allí expresada hacia los valientes emperadores que, á pesar de sus vicios, detuvieron al Imperio en la pendiente de la ruina y procuraron á la Galia una paz que hacía tiempo no disfrutaba. El estilo no carece de mérito. Está inspirado en la excelente tradición clásica y ciceroniana, si bien le falta originalidad y revela los procedimientos de escuela antes que el conocimiento de la vida. Lo peor que en él se nota es el exceso mismo de ciertas

(1) Párrafo 1.

cualidades, la elegancia monótona y amanerada, el arte de todas las fórmulas y todas las argucias del oficio. Pero ¿cómo reprochar sus errores á esos devotos de la civilización antigua? En su arte complicado creyeron resumir todo lo que escapaba á la acción de la barbarie. La retórica, según se ha dicho con acierto, era una forma de su patriotismo.

La poesía se halla representada por Ausonio. Hacia el año 260, en la época de Tétrico, un noble eduo, Agricio, que había tomado parte en los sucesos que turbaron su patria, despojado de sus bienes y proscrito, se



Estela funeraria con inscripción. (Biblioteca Nacional.)

refugió en la ciudad de Dax, de Aquitania, donde para vivir utilizó algunos conocimientos de medicina y de hechicería, último legado de la disciplina de los druidas. Asoció á su suerte á una joven de la comarca, que era pobre como él. Prosperó el humilde matrimonio, del que Agricio tuvo un hijo y tres hijas. El hijo, llamado Arborio, casó muy bien en Tolosa, se distinguió como abogado y como profesor y se agregó, en calidad de preceptor, á la casa imperial. Una de las doncellas se casó con un médico de Bazas, Julio Ausonio, que se estableció en Burdeos y adquirió brillante fortuna. Más tarde Julio fué nombrado prefecto de Níria. De esta unión nació, en 310, Décimo Magno Ausonio, la gloria de la familia. Ya hemos hablado de su carrera (2), que ofrece analogía sorprendente con el destino hartó breve de su tío Arborio, á quien debió gran parte de su fortuna. La diferencia estriba en que se elevó más lentamente y á mayor altura. Al igual que Arborio fué profesor, pero durante treinta años se limitó á la enseñanza en su país natal. Sólo en 369 logró las dignidades supremas,

(2) Párrafo 1.